

Me ha correspondido, en este número especial, la tarea más difícil: referirme a la personalidad de Leopoldo Bartolomé, y hacerlo a través de cinco imágenes seleccionadas entre muchas otras posibles. ¿Qué cosas le hubiera gustado a Leo que yo consignara en este texto y cuáles no? Comenzaré, entonces, con la fórmula de los antiguos cuentos. “Había una vez” un joven que construyó un telescopio en la terraza de su casa, en medio de un barrio porteño de atmósfera poluía y siempre brumosa. Es, en principio, un explorador un poco utópico y pertinaz. ¿Qué buscaba Leopoldo en las estrellas pálidas de la noche urbana, densa de velos superpuestos? Era algo muy diferente al secreto de los astros. Buscaba un sentido. Y esa búsqueda tenía dos vertientes: su racionalidad implacable y su antípoda, la permanente poetización de lo real. Es imposible saber cuál de estas dos facetas era el Dr. Jekyll y cual era Mr. Hyde (en este caso, bueno), lo cierto es que los dos se fueron juntos y abrazados. De las estrellas a los hombres con destino final en la Antropología.

La razón dura, inclemente y disciplinada estaba unida a la sinrazón, la sensibilidad extrema, dolorosa y poética. Con la razón intentaba penetrar en aquello

que no se ve, que sólo se alcanza con la teoría (después de todo, teoría quiere decir “visión”). Con la poesía, recorría un camino diferente para alcanzar la misma meta: la satisfacción de una curiosidad que lo acompañó desde la infancia hasta el crepúsculo de sus días. Y, también, con esa poesía, no solo literaria sino vivida, buscaba otra cosa, algo más secreto que, a pesar de él mismo, afloraba como los géiseres: la necesidad de ser amado y de estar enamorado.

Devorando literatura científica o consultando a una bruja siempre estaba presente la pregunta central: ¿Qué es todo esto, cuál es el significado, la explicación, la clave oculta? A veces parecía que un cuerpo de niño intacto y oculto sostenía el peso de un adulto que gravitaba sobre la vida de los otros y, otras veces, por el contrario, el niño invadía su imagen doctoral desde lo más profundo, para escudriñar el afecto que esperaba de los demás, sin pudor, descarnadamente.

Maestro de los atajos y los intersticios de las tramas reglamentarias del mundo académico, siempre buscó ayudar a los que andaban por el filo de la navaja. Eso lo llevó a numerosos desengaños e ingratitudes que, lo hacían sentir como una víctima de lo que en realidad era el producto de su inmensa bondad y candidez.

pesca comprados, por internet. Le encantaba comprar objetos que eran útiles, pero que además eran lúdicos, como juguetes raros o muy novedosos.

Quizá alguna de esas pulseras era mágica y provenía de una adivina o de un regalo secreto. Su razón hubiera explicado con

lucidez la necesidad de acudir a estos mecanismos. Sin embargo, su humor siempre presente, podía espantar esas interpretaciones con un movimiento del brazo, como quien ahuyenta a una mosca, para disfrutar su ineludible poetización de la realidad.

SANTUARIO



Imagen 3. Registro fotográfico de Matias Barrientos

Las primeras fotografías que fueron decorando su oficina tenían que ver con los alumnos del postgrado. Podían verse grupos con los profesores locales o visitantes, otros que estaban en alguna

fiesta, escenas de actos oficiales, graduados que se alejaban para tentar fortuna con su título y otros que se volvían a sus pagos tan lejanos como la Patagonia, el Noroeste, Colombia, Chile, Italia, etc. Él parecía querer retenerlos

a todos, tomándose el trabajo de ampliar las fotos y colocarlas en los lugares vacíos hasta tapizar completamente la oficina. A los alumnos y graduados le sucedieron las fotos de sus hijos y más tarde de sus nietos, de sus compañeros de trabajo, sus secretarias, y quizá (de eso no voy a hablar) de alguna relación más potente. Algunas personas, también agregábamos imágenes que él aceptaba como si se tratara de un santuario donde se aportan exvotos.

Nadie ocupa la oficina de Leopoldo. Hay una apetencia de espacio enorme por parte de investigadores y docentes. Pero, no sólo nadie invade ese ámbito, sino que, las pocas veces que debimos reunirnos allí sentimos algo muy parecido a una profanación. Las paredes están desiertas, pero hay algo potente en ese espacio calificado. Esta reflexión fenomenológica no le hubiera gustado mucho, tratándose de un contexto científico, aunque quizá sí, como una especie poética.

CONGÉNERES



Imagen 4. Registro fotográfico del Álbum de la familia Bartolomé

“Quien no ha escuchado roncar a un padre no sabe lo que es un padre”, expresa un dicho popular. Parafraseando esta pemia diría: “Quien no ha visto interactuar a los hermanos Bartolomé, no sabe lo que son hermanos”. Asumo mi arbitrariedad, porque se trata de una lectura muy personal, abonada con charlas que mantuve muchas veces

con los protagonistas. Leopoldo surge como la nave insignia de un derrotero. Lector empedernido, sistemático, inteligente, buen escritor de poesías, interesado por la ciencia y finalmente antropólogo. Miguel siguió sus pasos y poseyó siempre todos esos mismos atributos. Ambos aman a los mismos poetas, Ezra Pound

y Elliot, entre otros, a los mismos músicos, y finalmente a la misma profesión, pero la practicaron de manera radicalmente diferente. Ponen el énfasis en aspectos y problemas disímiles. Sus respectivos estilos los diferencian netamente. Leopoldo era un maestro de los textos técnicos, informes científicos y proyectos de consultoría. Miguel, desarrolló una prosa bella y elegante para dejar fluir su inmensa experiencia etnográfica y sus reflexiones.

Carlos también inició la carrera de Ciencias Antropológicas, aunque lo suyo era el cine. Intentó una síntesis entre ambas vocaciones, pero su proyecto se vio truncado brutalmente por la dictadura.

Los Bartolomé tenían lo que la mayoría de los hermanos: rivalidades, disputas por el afecto

de los padres, admiración, envidia, compañerismo, competencia, respeto, amor y muchas otras cosas que afloraban en sus discusiones, con un nivel de sarcasmo que empalidecería al Dr. House. La ironía siempre lista para condimentar un humor selectivo y exigente. Como todos los hermanos, nunca dejaron de preocuparse por la vida de los otros, y siempre estuvieron atentos y conectados. Con los años apareció la ternura; un intercambio maduro donde aprendieron a escucharse más y mejor; tolerancia al hecho de ser tan parecidos y tan distintos, la posibilidad de saber que le pertenecía a cada uno; un amor que se propagó a las nuevas generaciones, esas que todo lo morigeran y resignifican.

DESCENDENCIA



Imagen 5. Registro fotográfico del Álbum de la familia Bartolomé

En Leopoldo, toda la búsqueda de sentido, científica, estética y poética, se redimió frente a sus hijos. Ellos fueron hasta el final el sentido tan buscado y finalmente hallado. Todas las mañanas durante varios años, siempre

alguno de los hijos aparecía en las conversaciones. Y su teléfono celular, el *Skype*, los *mails*, etc. iban y venían en una comunicación que era de realimentación afectiva permanente. Es muy emocionante escuchar a sus hijos hablar de Leo. Ellos saben que tienen una herencia

